

por qué parte podian parecerse los que le seguian sino por las virtudes que acabo de indicar? ¿Por qué, pues, las olvidan casi todos los cristianos? ¿No las creen esenciales al cristianismo? ¿Las miran tal vez con horror? ¿Por qué son tan poco gustadas, tan poco puestas en práctica hasta por aquellas almas que hacen profesion de la vida espiritual? Ellas constituyen el fondo de esta vida; sin ellas no hay interior, á menos que sea falso é ilusorio; y sin embargo, no se quiere una oracion que nos humille, pruebas que nos mortifiquen, aficciones que nos despeguen de nosotros mismos, tentaciones que nos hagan conocer nuestra corrupcion, nuestra debilidad y lo que seriamos sin la gracia.

Almas hay, en fin, á las cuales Dios asocia otras en calidad de discípulas, y destina á secundarlas en cualquiera empresa en que se interese su gloria. Antes de escogerlas, ó mas bien para asegurarse de que Dios las ha escogido, consúltenle en la oracion; pídanle humildemente sus luces, con entera desconfianza de las suyas propias; no se detengan en las calidades naturales, en los talentos, en ciertas apariencias exteriores, á menudo engañadoras, y mas dañosas que útiles á la obra de Dios. Sabemos que Samuel, á pesar de ser santo y profeta, pensó ser engañado cuando se trató de escoger entre los hijos de Isai, al que Dios destinaba para reinar en lugar de Saúl. Dejóse impresionar por la hermosura y gallardía de los que de pronto se le presentaron; y David, el mas jóven de todos, que guardaba entonces rebaños, fué el único á quien nadie pensó en presentar, aunque Dios hubiese puesto en él los ojos. *El hombre no ve sino lo de afuera, mas el Señor penetra en el corazon:* este es el que le decide, porque todo lo demas depende de él; y como á solo Dios pertenece el conocerle, á Dios solo se ha de consultar. Os fijareis, por ejemplo, en tal persona, á ella dedicareis vuestros primeros cuidados, porque creéis que adelantará mucho mas que las otras en los caminos de Dios, y que es la mas propia para secundar vuestros designios. Dios con frecuencia lo ha juzgado de otro modo, y el éxito justifica despues este juicio. Aquel en quien con-

tábais os falta; para él son perdidos vuestros trabajos; mientras aquel otro, del cual nada ó muy poca cosa esperábais, se va formando un grande hombre de espíritu y la gracia divina le asiste para secundar vuestras miras. Dios es celoso en sus juicios, quiere que se reconozca que de él viene todo lo bueno y jamas bendice lo que dimana del solo juicio del hombre. Sed humildes en todo y todo os saldrá bien. Nunca esta gran verdad será bastante repetida.

---

## CAPITULO XXIII.

### PRINCIPIOS DE LA PREDICACION DE JESUCRISTO.

**N**o es posible dar un solo paso en la vida de Jesucristo, sin que se halle donde quiera la humildad al frente de todas sus empresas. El vino para ilustrar el universo. Segun nuestro modo de ver puramente humano, nos parece que él debia haber anunciado en sí mismo el verdadero Dios, señalándose por su sabiduría y por sus milagros, haciéndose reconocer por su enviado y por su Hijo á las grandes naciones: á los romanos, dueños del mundo; á los griegos, pueblo distinguido entre los demas por la cultura de su espíritu y por el conocimiento de las bellas artes. Separando de la idolatría á los jefes y á los magistrados del imperio romano y poniendo á los filósofos griegos en la senda de la verdad, hubiera en poco tiempo establecido su religion en todas partes. Podia sin duda hacerlo así; mas reservó estas grandes conquistas para sus apóstoles, y él se limitó á la Judea, nacion que era un objeto de odio y de desprecio para las demas, y en la cual el éxito de su empresa parecia inútil para el resto del mundo.

Mas en la misma Judea ¿por dónde empieza? ¿Se dirige desde luego á la capital? ¿Va á predicar el reino de Dios en la cor-

te de Heródes? ¿Va á enseñar á los sacerdotes, á los escribas, á los fariseos, mostrándoles en su persona y en su doctrina el cumplimiento de la ley y de las profecías? Tal era, al parecer, el medio mas natural y mas breve que le conducia en derechura á su objeto. Una vez ganados Jerusalem y los principales de la nacion, todo el resto hubiera seguido. Mas no así debia empezar el mas humilde de los hombres, el Maestro y el Predicador de la humildad. El profeta Isaías lo comparó á una planta que se levanta de una tierra sedienta y agostada. ¡Cuán débil es esta planta! ¡con cuánta pena empieza á brotar, falta casi de todo alimento! ¡qué pequeño es este granito de mostaza que debe un dia levantarse tan alto y servir de abrigo á los pájaros del cielo! Divísase apenas esta piedra destinada á ser una montaña inmensa que llenará todo el universo.

Por la Galilea, pues, la provincia mas oscura de la Judea, donde no habia salido nunca ningun profeta, por las aldeas de esta provincia es por donde abre su carrera el Salvador del género humano. Diríjese primeramente á pecadores viles, ignorantes y groseros; los pobres son á quienes anuncia con preferencia el Evangelio, y con esta señal quiere que los discípulos de Juan le reconozcan, mas aún que por sus milagros obrados casi siempre en favor de los pobres. Irá á Jerusalem, pero solo en los dias de fiesta, y para cumplir con los deberes de la religion: allí predicará accidentalmente y no enseñará sino en el templo á la turba del pueblo reunido. No buscará á los grandes ni á los sabios y sin desdeñarlos ni evitarlos no afectará el hablarles para no salirse de su carácter ni del aspecto de persona humilde bajo el cual quiere ser mirado. Ya prevé que semejante conducta irritará su orgullo; que les prevendrá y les animará contra él; que excitará su celosa emulacion; que tomarán de ella un título para despreciarle y desecharle como un hombre á quien solo sigue el populacho. Mas no por esto será menos fiel á su plan, aunque haya de ser víctima de él. No se le echará en cara el haber querido formarse nombradía ni captarse la estimacion y

el favor de las personas distinguidas por su nacimiento, su autoridad ó su saber.

Cualquiera que seas tú, que por el bien de tu alma tienes tanto interes en discernir los verdaderos ministros de Jesucristo, busca para tu direccion predicadores, confesores y directores de pobres: quiero decir, aquellos que sin excluir los ricos se muestran mas afectuosos con los pobres y hacen de ellos el objeto principal de sus cuidados. Estad seguros que Dios les comunica mas luces y mas gracias, que predicán con mas unción, que entienden mas en confesar y en dirigir, en lo cual tienen miras mas puras y emplean mas celo, mas paciencia, mas habilidad y mas eficacia.

---

## CAPITULO XXIV.

### MANERA DE ENSEÑAR DE JESUCRISTO.

**D**E la abundancia del corazón habla la boca, no solo en las cosas que dice, sino en el modo con que las dice. Un maestro humilde puede enseñar grandes cosas, pero las enseñará con humildad: ni en su aire, ni en sus palabras dará á entender nada que huela á suficiencia y á orgullo; sabrá bajar hasta al nivel de aquellos con quienes habla, y se acomodará á su inteligencia. Si pone peso y autoridad en lo que dice no es para darse valor á sí mismo sino para ensalzar á aquel en cuyo nombre habla y para producir mayor impresion en los que le oyen.

Tal fué Jesucristo en su enseñanza: hablaba como Hombre Dios, como doctor, como legislador del género humano, con una sabiduría soberana, con una autoridad infalible; y no obstante nunca salió del carácter de humildad. Ninguna afectacion en su discurso, ningun aparato en su elocuencia, sino una sencillez que conmueve y arrebató. Es imposible decir cosas tan al-

tas y tan divinas de un modo mas sucinto y natural. Los profetas parecian asombrados y profundamente agitados por las grandes verdades que anunciaban: conócese al leerlos que les anima otro espíritu que el suyo y que se hallan trasportados fuera de sí. Jesus empero, cuando habla, queda dueño de sí mismo, porque lo saca todo de su propio fondo y está familiarizado en las mas sublimes verdades. En sí propio tiene el tesoro de sus conocimientos, que comunica sin agotarlos. Sus expresiones, sin ser bajas, nada tienen de superior á las mas medianas inteligencias; y al mismo tiempo encierran un sentido tan profundo, que los mas grandes genios, los mas ilustrados y favorecidos de la gracia, no lo pueden descubrir sino muy imperfectamente. De los objetos mas comunes toma las comparaciones de que se sirve y sus parábolas son de lo mas usado y familiar. No ratiocina, no se entretiene en probar como los filósofos; conténtase con exponer y afirmar. No es un entendimiento que habla á otro entendimiento, como los que enseñan las ciencias humanas; sino el corazon que habla al corazon, y que lleno de lo que dice lo comunica á los que le escuchan. Así es como enseñaba la ciencia de la salud, ciencia toda moral, ciencia cuyos principios están grabados por la mano del Criador en el corazon del hombre; no hace mas que desarrollarlos y al mismo tiempo que los propone obra sobre el interior para que el alma los saboree. Leed su conversacion con la mujer de Samaria; ved cómo la instruye, la conmueve, la va ganando poco á poco, y la lieva por grados á que le reconozca por el Mesías. Era esto sin duda obra de la gracia; pero su discurso era el instrumento y él lo acomodaba á su accion secreta. Mas si él era sencillo con los sencillos, sabia tambien humillar á los que tenían necesidad de ser humillados. No se porta lo mismo con Nicodémus, doctor de la ley, como con la samaritana. Propónele verdades sobrenaturales que este no comprende, y que entiende en un sentido material y grosero; y en vez de explicárselas, se las encarece siempre, pasando á misterios mas encumbrados para obligarle á confesar

su ignorancia. *¡Qué, le dice, eres maestro en Israel é ignoras estas cosas!* Hasta aquí queria conducirle para hacerle capaz de sus instrucciones.

Sus palabras, que la gracia acompañaba siempre, obraban sobre los corazones bien dispuestos; y era tanta su fuerza y su verdad, que hasta sus mismos enemigos la sentian á pesar suyo. *Los pueblos que le oian, dice san Mateo, no cuidaban de admirar su doctrina, porque su modo de instruirlos era con cierta autoridad y no á la manera de sus escribas y fariseos.* (Matth., VII, 29.) Y sin embargo estos escribas y estos fariseos tenían autoridad, pues estaban sentados en la cátedra de Moisés y así lo reconocia el mismo Jesucristo. Mas no por esto dejaban de ser doctores humanos, que mezclaban sus tradiciones con los preceptos de la ley; que hablaban por su propio espíritu, y no por el espíritu de Dios; que estaban hinchados por su ciencia, de la cual se valian únicamente para satisfacer su ambicion y su avaricia. Es decir que estaban diametralmente opuestos á Jesucristo: y de ahí era que no gozaban como él del aprecio y de la confianza del pueblo. *Nunca hombre alguno habló como este hombre* (Joan., VII, 46); dijeron á los pontífices y á los fariseos las gentes que estos habían enviado para prenderle, y que sorprendidos por sus discursos y penetrados de respeto, no habían osado poner en él sus manos.

Del mismo modo, guardada proporción, enseñan de viva voz y por escrito los que tienen el espíritu interior. Su aire, su tono, su estilo, su manera tienen cierta cosa que les es propia, y que no supieran remedar los que no fuesen interiores. Hablan con firmeza y al mismo tiempo con humildad, porque no hablan por sí mismos. En sus discursos no tienen parte el artificio, el ratiocinio, el método; y sin embargo son convincentes, y llevan sus pruebas en su simple anuncio. Ilustran el espíritu, pero van mas recto al corazon; le inflaman, le penetran y le llenan de una unción divina. Son sencillos, accesibles, familiares; mas en su sencillez misma respiran una dulce majestad que embele-

sa y encanta. No vereis en ellos floridas figuras ni rasgos de artificiosa elocuencia; mas para los corazones bien dispuestos poseen una persuasion, una eficacia, que solo puede venir de la gracia que les ha inspirado. Este carácter es, como he dicho ya, el carácter distintivo de los que predicán, de los que confiesan, de los que dirigen, de los que escriben sobre materias de piedad segun el espíritu de Dios; carácter grato á las personas interiores y á las que se hacen tales por el atractivo que en ellos encuentran. Porque hay una especie de correspondencia entre las disposiciones de los unos y de los otros, y parece que su corazón está, por decirlo así, afinado bajo una misma cuerda. Cualquiera que no sea interior nada de esto entiende, ni puede entender. Ninguna impresion le hará la sencillez de un predicador, de un confesor, de un autor espiritual, y no hallará sabor ni en el fondo de su doctrina ni en el modo de exponerla. Porque consultará con su propio espíritu, único oráculo, juez y norma para él. Si tales gentes procediesen de buena fe confesarían, como lo dijo san Agustin de sí mismo antes de la conversion, que hallan la Escritura demasiado sencilla y los relatos del Evangelio demasiado desnudos y secos, y que casi nada comprenden de su moral. Lo mismo digo de ciertos libros espirituales. *La Imitacion de Jesucristo* anda en manos de todo el mundo, mas ¡cuán pocos lo penetran y lo saborean! ¡já cuán pocos impresionan aquel tono sencillo y natural que en él domina, aquel aire interior que respira y aquella secreta unción diseminada en todas sus páginas! Un hombre de oracion lo compuso y jamas será gustado sino por hombres de oracion.

## CAPITULO XXV.

TRABAJOS DE JESUCRISTO EN SU PREDICACION.

Si consideramos los trabajos de la vida pública de Jesucristo simplemente en sí mismos, hallaremos que en esta parte le han superado muchos varones apostólicos que han tenido que sufrir otros mas largos y mas penosos. No por esto, empero, tuvo que sufrir menos en este género; y no puede caber duda en queapuró todas las penas y todas las fatigas anexas á su mision, sin que en nada se perdonase. Recorria de continuo las ciudades y las aldeas sin detenerse en parte alguna. Todos sus viajes los hacia á pié, en un país cálido, y no tomaba la menor precaucion para librarse de las incomodidades del clima. Su alimento era el de los pobres; pan de cebada y algunos pequeños peces; llegaba á subsistir tan solo de las limosnas de algunas piadosas mujeres que le seguian. En dos distintas ocasiones hizo un milagro para alimentar un pueblo considerable, y no leemos que hubiese hecho ninguno para subvenir á sus propias necesidades. Lo que mas demuestra cuán poco cuidaba de sus necesidades corporales es que Júdas, cuya avaricia no ignoraba, era el depositario del dinero que para aquel objeto recibia. En las noches no tenia lugar fijo á donde retirarse: con frecuencia las pasaba en oracion, expuesto á las injurias del tiempo, no concediendo á la naturaleza mas que el descanso indispensable para no sucumbir; pues no ha de creerse que sostuviera sus fuerzas por medios sobrenaturales, de los que parece echó mano tan solamente en su ayuno de cuarenta dias en el desierto. Por lo demas, él sufrió el calor, el frio, el hambre, la sed, la fatiga, el desmayo, el tropel de la multitud que á menudo le empujaba y le oprimia. El mismo nos da una idea de su extrema indigencia de todo, cuando dijo á un doctor de la ley que queria unir-

El Interior.

15

sele y seguirle por todas partes: *Las raposas tienen sus madrigueras, las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene sobre qué reclinar su cabeza.* (Matth., VIII, 20.)

Pero lo mas digno de atencion son sus disposiciones interiores en medio de tantos trabajos, que no le dejaban tiempo ni para respirar. Gozaba siempre su alma de una perfecta paz: nada la disipaba, nada la retraia de su íntima union con su Padre; nunca dejaba escapar la menor queja ni áun señal que diese muestra de que sufría; compadecia á los otros, se ocupaba en socorrerles, insensible siempre á lo que tocaba á su persona. La gloria de su Padre, el bien espiritual de las almas, hé aqui los únicos objetos que llenaban su pensamiento y su corazon, y cuyo celo le devoraba. Toda su pena era de ver el poco fruto de sus trabajos, la inutilidad de tantos trabajos que tan pocas personas le atraian, levantando al mismo tiempo contra él tan gran número de enemigos. Pero ni áun esta pena que tan al vivo le heria alteraba su tranquilidad. ¿Qué diré de la profunda humildad con la cual soportaba un estado tan pobre, tan penoso, tan dependiente (pues él á nada se denegaba), que parecia degradar y envilecer su ministerio y su persona? ¿Cuánta fe no era necesaria para reconocer al Hijo de Dios en medio del corto pueblo que le rodeaba, siendo él mismo pobre, sujeto á todas las incomodidades de la vida, y sucumbiendo de cansancio y de debilidad? ¿Es de admirar que cuantos le miraban con ojos humanos le menospreciaran, tomando de ello pretexto para no creer en él, á pesar de las brillantes pruebas que daba de su mision divina? Ya sabia él que su pobreza, su sencillez, la humildad de su exterior, la preferencia que daba á los pequeños produciria este efecto y alejaria de sí á los espíritus de las gentes. Mas no por esto amó menos la humildad ni hizo menos de ella una pública profesion. Así se lo habia mandado su Padre, y así lo queria él, pues le era infinitamente dulce y agradable la obediencia.

Todos los sacerdotes que tienen cargo de almas son llamados

mas ó menos á los trabajos apostólicos; pero en sus funciones respectivas unos trabajan mas de cuerpo, otros de espíritu. Mas aquellos de entre los mismos que se consagran á las misiones, ya sea en su propia patria, ya en país extranjero, son los que llevan una vida mas análoga á la vida pública de Jesucristo. Dejo ahora que examinen ellos mismos si cuidan demasiado de sí; si buscan ó no solaz ó alivio; si se consagran á la pobreza, á las molestias de las estaciones, á todos los géneros de mortificacion exterior, inseparables del ejercicio del celo. Mas áun cuando sean pobres, severos consigo mismos, abandonados en lo temporal á los cuidados de la Providencia, ávidos é insaciables de trabajos, no imitarán perfectamente á Jesucristo, si no entran en sus disposiciones interiores; si sus ocupaciones les disipan; si no están siempre unidos á Dios por medio de la oracion; si no se toman, aunque sea del reposo de la noche, algun tiempo para hacerla; y sobre todo si no permanecen en una sólida humildad. Están expuestos á sacar gloria de sus fatigas y de sus penas, de sus empresas y de sus resultados, á referirlos en todas ocasiones, á nutrirse de los elogios que se les tributan, y á negárselos ellos mismos. El amor propio es muchas veces quien los sostiene en esta penosa carrera; solo se sienten desolados, desalentados, abatidos cuando se ven sin séquito y sin aplausos, y que las conversiones no son numerosas ó tan brillantes como ellos deseaban. Estudien á Jesucristo, propónganselo por modelo, sean como los suyos sus sentimientos, y persuádanse que por lo interior es por donde debe principalmente imitarle: menos movimiento, menos actividad, menos agitacion de cuerpo y de espíritu y mas recogimiento, mas sosiego, mas posesion de sí mismo en Dios. Sucédeles muy á menudo que pensando en la salud de los demas, se olvidan de sí mismos, sin reflexionar lo bastante que de su propia santificacion depende la del prójimo. Un apóstol que no es interior no tiene de apóstol sino el nombre.

Sin ejercer el apostolado propiamente dicho, á lo menos á los

ojos de los hombres, hay almas á quienes llama Dios para ejercerlo de una manera oculta, enteramente espiritual y que tan solo él y ellas conocen. Propóneles grandes y largos sufrimientos para la conversion ó la propagacion ó el restablecimiento de la fe en ciertos países. Si ellas los aceptan y los pasan segun los designios de Dios, ¿quién duda que ellas son unos verdaderos apóstoles y que tienen mas parte en la conversion de aquellos pueblos que cuantos han trabajado inmediatamente en ella? ¿No es una verdad que Jesucristo adelantó mas la salud del género humano por sus penas interiores, que por sus trabajos exteriores? Y estas almas son las que se digna asociar á la parte principal de la obra de la redencion.

Otras hay destinadas á propagar las vías interiores que Jesucristo enseñó tambien á algunas almas escogidas, tales como Marta y María, sin hablar de sus apóstoles, á quienes se dedicó á formar durante su vida. Esta direccion tiene tambien su trabajo, sus penas que no aparecen exteriormente, pero que crucifican el alma y la hacen morir á sí misma. Ella exige mucha oracion, mucha penitencia, una continua renuncia al propio espíritu, una dependencia absoluta de la gracia para secundarla siempre y no prevenirla jamas. Está sujeta á grandes cuidados cuando hay motivo para creer que las personas á quienes se conduce no corresponden fielmente á los designios de Dios. Si es mucho lo que cuesta para convertir á los pecadores, mucho mas cuesta encarrilar las almas en el camino de la perfeccion y sostenerlas en él hasta su término. Si los apóstoles ordinarios no pueden dispensarse de ser interiores, los directores de que hablo están á ello sin comparacion mas obligados; pues para conducir con seguridad un alma á la santificacion, necesario es que aspiremos nosotros mismos á ella, y que tendamos á lo mas excelente, y por consecuencia á lo mas difícil que hay en la imitacion de Jesucristo.

---

## CAPITULO XXVI.

MILAGROS DE JESUCRISTO.

**E**RA necesario que Jesucristo hiciese milagros para probar su mision, para acreditar su doctrina, para hacerse reconocer en calidad de Mesías y de Hijo de Dios. De otra parte su caridad para con los hombres le conducia por sí misma á hacer en favor de ellos uso de su poder. Mas él sabrá conciliar perfectamente la demostracion de su poder sobre la naturaleza con la humildad, su virtud favorita; y en la precision en que se encuentra de hacer obras sorprendentes, tomará todas las medidas para conservarse siempre en la oscuridad.

Todas las especies de milagros estaban á su disposicion y tenia á la mano escoger. Podia obrar milagros semejantes á los de Moisés, y descargar horribles plagas sobre la incrédula y obstinada Judea. Fácil le era, como á Elías, hacer bajar fuego del cielo sobre sus enemigos. Así se lo propusieron sus discipulos contra los de Samaria que le negaron el paso para regresar á Jerusalem. Mas él les reprendió diciéndoles: *Vosotros no sabeis á qué espíritu pertenecéis. El hijo del hombre no ha venido para perder á los hombres sino para salvarlos.* (Lúc., IX, 55, 56.) Podia obrar señales y prodigios en el cielo. Muchas veces le pidieron los fariseos prodigios de esta especie, como para dar una prueba de su poder. Pero se lo rehusó constantemente, tratándoles de generacion depravada y adúltera y remitiéndoles á la señal de Jonás, figura de su resurreccion. Indignó hubiera sido de él dar semejantes señales para satisfacer la maligna curiosidad de sus émulos y aún mas para dar celebridad á su nombre y adquirirse una vana nombradía.

Los milagros que escogió son de pura beneficencia; no tienen otro objeto que el alivio de las necesidades y de las dolencias